

GEORGE S. CLASON

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

Cómo alcanzar el éxito
y solucionar tus problemas financieros



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Empresa

EL HOMBRE MÁS RICO DE BABILONIA

George S. Clason

1.ª edición: abril de 2020

Título original: *The Richest Man in Babylon*

Traducción: *José Luis Sánchez*

Revisión y actualización: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Isabel Estrada*
sobre una imagen de Shutterstock

© George S. Clason

(Reservados todos los derechos)

© 1983, Clyde Clason

Publicado por acuerdo con New American Library,
sello editorial de Penguin Publishing Group,
una división de Random House LLC.

© 2020, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados todos los derechos para la lengua española)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-570-0

Depósito Legal: B-3.614-2020

Impreso en Black Print CPI Ibérica, S. L.
c/ Torre Bovera, 19-25
08740 Sant Andreu de la Barca - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio.....	9
1. El hombre que deseaba oro.....	13
2. El hombre más rico de Babilonia.....	19
3. Las siete maneras de llenar una bolsa vacía.....	31
4. La diosa de la fortuna.....	49
5. Las cinco leyes del oro.....	63
6. El prestamista de oro de Babilonia.....	75
7. Las murallas de Babilonia.....	87
8. El tratante de camellos de Babilonia.....	91
9. Las tablillas de barro de Babilonia.....	101
10. El hombre más afortunado de Babilonia.....	111
11. Un resumen histórico de Babilonia.....	127

Ante ti se extiende el futuro como un camino que lleva muy lejos. A lo largo de ese camino, se encuentran los sueños que deseas cumplir..., los deseos que quieres satisfacer.

Para realizar tus sueños y tus deseos, debes triunfar en el terreno financiero. Para ello, aplica los principios fundamentales claramente enunciados en las páginas de este libro. Deja que estos principios te alejen de las dificultades que conlleva la pobreza y que te ofrezcan la vida feliz y plena que aporta una bolsa bien provista.

Estos principios son universales e inmutables igual que la ley de la gravedad. Te podrán mostrar, como ya lo han hecho a tantos otros antes que a ti, la manera de engordar tu bolsa, de aumentar tu cuenta bancaria y de asegurarte un notable éxito económico.

El dinero será abundante para los que comprendan las sencillas reglas de la adquisición de bienes.

1. Comienza a llenar tu bolsa.
2. Controla tus gastos.
3. Haz que tu dinero dé frutos.
4. Impide que tus tesoros se pierdan.
5. Haz que tu propiedad sea una inversión rentable.
6. Asegúrate ingresos para el futuro.
7. Aumenta tu habilidad en la adquisición de bienes.

Prefacio

Nuestra prosperidad como nación depende de la prosperidad financiera personal de cada uno de nosotros como individuos.

Este libro trata del éxito personal de cada uno. El éxito procede de los logros conseguidos gracias a nuestros esfuerzos y habilidades. La clave del éxito es una buena preparación. Nuestras acciones no pueden ser más sabias que nuestros pensamientos. Nuestra manera de pensar no puede ser más sabia que nuestro entendimiento.

Este libro de terapia para los bolsillos vacíos constituye una guía financiera. Su objetivo es ofrecer a los que buscan el éxito económico una visión que los ayude a conseguir dinero, a conservarlo y a hacer que dé frutos. En las páginas siguientes, serás transportado a Babilonia, cuna de las reglas básicas de la economía que aún hoy en día son reconocidas y aplicadas en todo el mundo. El autor desea que este libro, igual que lo ha sido para tantos otros en todo el país, sirva de inspiración a sus nuevos lectores para que consigan que su cuenta bancaria se engrose constantemente, que aumenten sus éxitos económicos y que descubran la solución a sus problemas financieros.

El autor aprovecha la ocasión para expresar su gratitud a los que han compartido generosamente estos relatos con sus amigos, parientes, empleados y socios. Ningún apoyo habría sido más convincente que el de

las personas prácticas que aprecian estas enseñanzas porque han triunfado utilizando las reglas que propone este libro.

Babilonia fue la ciudad más rica del mundo en la Antigüedad debido a que sus ciudadanos eran en aquel tiempo los más ricos. Apreciaban el valor del dinero. Ellos aplicaron unas sólidas reglas básicas para obtenerlo, conservarlo y lograr que diera fruto. Consiguieron lo que todos deseamos: ingresos para el futuro.

G. S. C.

Dinero es el criterio universal por el que se mide el éxito en nuestra sociedad.

El dinero da la posibilidad de gozar de lo mejor de la existencia.

El dinero es abundante para quien conoce los medios de obtenerlo.

Hoy en día el dinero está sometido a las mismas leyes que lo regían hace seis mil años, cuando los hombres prósperos se paseaban por las calles de Babilonia.

1

El hombre que deseaba oro

Bansir, el fabricante de carros de la ciudad de Babilonia, se sentía muy desanimado. Sentado en el muro que rodeaba su propiedad, contemplaba tristemente su modesta casa y su taller, en el cual había un carro sin terminar. Su mujer salía a menudo a la puerta y lanzaba una mirada furtiva en su dirección recordándole que ya casi no les quedaba comida y que tendría que estar acabando el carro, es decir, clavando, tallando, puliendo, pintando y extendiendo el cuero sobre las ruedas, de modo que estuviera preparado para ser entregado al rico cliente y pagado por éste.

Sin embargo, su cuerpo grande y musculoso permanecía inmóvil apoyado en la pared. Su mente lenta daba vueltas a un asunto al que no encontraba solución alguna. El cálido sol tropical, tan típico del valle del Éufrates, caía sobre él sin piedad. Perlas de sudor se formaban en su frente y se deslizaban inadvertidas hasta desaparecer en su pecho velludo.

En la parte trasera, su casa estaba dominada por los muros que rodeaban las terrazas del palacio real. Muy cerca de allí, la torre pintada del Templo de Bel se recortaba contra el azul del cielo. A la sombra de tal grandeza, se encontraba su modesta casa, y muchas otras menos limpias y cuidadas que la suya.

Así era Babilonia: una mezcla de grandeza y miseria, de cegadora riqueza y de terrible pobreza sin orden alguno en el interior de las murallas de la ciudad.

Si se hubiera molestado en darse la vuelta, Bansir habría visto cómo los ruidosos carros de los ricos empujaban y hacían tambalearse a los comerciantes que llevaban sandalias y a los mendigos que iban descalzos. Incluso los ricos se veían obligados a meter los pies en los desagües para dejar paso a las largas filas de esclavos y de portadores de agua ‘a servicio del rey’. Cada esclavo llevaba una pesada piel de cabra llena de agua que vertía en los jardines colgantes.

Bansir estaba demasiado absorto en su propio problema para oír o prestar atención al ajetreo confuso de la rica ciudad. Fue el sonido familiar de una lira lo que le sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y vio el rostro expresivo y sonriente de su mejor amigo, Kobi el músico.

—Que los dioses te bendigan con gran generosidad, mi buen amigo —dijo Kobi a modo de saludo—. Aunque me parece que son tan generosos que ya no tienes ninguna necesidad de trabajar. Me alegro de que tengas esa suerte. Es más, me gustaría compartirla contigo. Te ruego que me hagas el favor de sacar dos shekeles de tu bolsa, que debe estar bien llena, puesto que no estás trabajando en tu taller, y me los prestes hasta después del festín de los nobles de esta noche. No los perderás, te los devolveré.

—Si tuviera dos shekeles —respondió tristemente Bansir—, no podría prestárselos a nadie, ni a ti, mi mejor amigo, porque serían toda mi fortuna. Nadie presta toda su fortuna ni a su mejor amigo.

—¿Qué? —exclamó Kobi sorprendido—. ¿No tienes ni un shekel en tu bolsa y te quedas sentado en el muro como una estatua? ¿Por qué no acabas ese carro? ¿Cómo sacias tu hambre? No te reconozco, amigo mío. ¿Dónde está tu energía desbordante? ¿Te aflige alguna cosa? ¿Te han causado los dioses algún problema?

—Debe de ser un castigo que me han enviado los dioses —asintió Bansir—. Comenzó con un sueño, un sueño que no tenía sentido, en el que yo creía que era un hombre afortunado. De mi cintura colgaba una hermosa bolsa repleta de pesadas monedas. Poseía shekeles que tiraba despreocupadamente a los mendigos, monedas de oro con las que compraba adornos para mi mujer y todo lo que deseaba para mí; eran tantas las monedas de oro que tenía, que incluso me permitían mirar con tranquilidad el futuro y gastar

con libertad. Me invadía un maravilloso sentimiento de satisfacción. Si me hubieras visto, no habrías conocido en mí al esforzado trabajador ni en mi esposa a esa mujer arrugada; habrías encontrado en su lugar a una mujer con el rostro pletórico de felicidad que sonreía como al comienzo de nuestro matrimonio.

—Un bello sueño, en efecto —comentó Kobi—, pero ¿por qué sentimientos tan placenteros te han convertido en una estatua colocada sobre el muro?

—¿Por qué? Porque en el momento que me he despertado y he recordado hasta qué punto mi bolsa se encontraba vacía, me ha invadido un sentimiento de rebeldía. Me gustaría hablar de ello contigo, porque, como dicen los marinos, los dos remamos en la misma barca. De jóvenes fuimos a visitar a los sacerdotes para aprender su sabiduría. Cuando nos hicimos hombres, compartimos los mismos placeres. En la edad adulta, siempre hemos sido buenos amigos. Estábamos satisfechos de nuestra suerte. Éramos felices de trabajar largas horas y de gastar libremente nuestro salario. Ganamos mucho dinero durante los años pasados, pero los goces de la riqueza sólo los hemos podido experimentar en sueños. ¿Somos acaso estúpidos borregos? Vivimos en la ciudad más rica del mundo. Los viajeros dicen que ninguna otra ciudad la iguala. Ante nosotros se extiende esta riqueza, pero no poseemos nada de ella. Tras haber pasado la mitad de tu vida trabajando arduamente, tú, mi mejor amigo, tienes la bolsa vacía y me preguntas: “¿Me puedes dejar una suma tan insignificante como dos shekeles hasta después del festín de los nobles de esta noche?”. ¿Y qué es lo que yo te respondo? ¿Digo que aquí tienes mi bolsa y que comparto contigo su contenido? No, admito que mi bolsa está tan vacía como la tuya. ¿Qué es lo que no funciona? ¿Por qué no podemos conseguir más plata y más oro, más de lo necesario para poder comer y vestirnos?

»Consideremos a nuestros hijos. ¿No están siguiendo el mismo camino de sus padres? ¿También ellos con sus familias, y sus hijos con las suyas, habrán de vivir entre los acaparadores de oro y se tendrán que contentar con beber la consabida leche de cabra y alimentarse de caldo claro?

—Durante todos estos años que hemos sido amigos, nunca habías hablado así —replicó Kobi intrigado.

—Durante todos estos años, nunca había pensado así. Desde el alba hasta que me hacía parar la oscuridad de la noche, he trabajado haciendo los más bellos carros que pueda fabricar un hombre sin casi atreverme apenas a esperar que un día los dioses reconocerían mis buenas obras y me darían una gran prosperidad, lo que jamás han hecho. Al fin me doy cuenta de que nunca lo harán. Por eso estoy triste. Deseo ser rico. Quiero poseer tierras y ganado, lucir bellas ropas y llenar mi bolsa de dinero. Estoy dispuesto a trabajar con todas mis fuerzas, con toda la habilidad de mis manos, con toda la destreza de mi cabeza, pero deseo que mis esfuerzos sean recompensados. ¿Qué nos ocurre? Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué no tenemos una parte justa de todas las cosas buenas que con tanta abundancia pueden conseguir los que poseen el oro?

—¡Ay, si conociera la respuesta! —respondió Kobi—. Yo no estoy más satisfecho que tú. Todo el dinero que gano con mi lira se gasta rápidamente. A menudo he de planificar y calcular para que mi familia no pase hambre. Yo también tengo en mi fuero interno el deseo de poseer una lira suficientemente grande para hacer sonar la variada música que me viene a la mente. Con un instrumento así, podría producir una música tan suave que ni el mismo rey habría oído nunca nada parecido.

—Tú deberías tener una lira así. Nadie en la ciudad de Babilonia podría hacerla sonar mejor que tú, hacerla cantar tan melodiosamente que, no sólo el rey, sino incluso los dioses quedarían maravillados. Pero ¿cómo podrías conseguirla si tú y yo somos tan pobres como los esclavos del rey? ¡Escucha la campana! ¡Ya vienen! —dijo señalando una larga columna de hombres medio desnudos, los portadores de agua que venían del río, sudando y sufriendo por una estrecha calle. Caminaban en columnas de cinco, encorvados bajo la pesada piel de cabra llena de agua.

—El hombre que los guía es hermoso —Kobi indicó al hombre que tocaba la campana y andaba sin carga al frente de todos—. En su país es fácil encontrar a hombres hermosos.

—En la fila, hay varios rostros bellos —dijo Bansir—, tanto como los nuestros. Hombres del norte altos y rubios, hombres del sur negros y risueños, y hombres pequeños y morenos de los países vecinos. Todos caminan juntos del río a los jardines y de los jardines al río, cada día de cada año. No pueden esperar ninguna felicidad. Duermen sobre lechos de paja y comen gachas. ¡Me dan pena esos pobres animales, Kobi!

—A mí también me dan pena. Pero me hacen recordar que nosotros no estamos mucho mejor que ellos, aunque nos llamemos libres.

—Es cierto, Kobi, pero no me gusta pensar en eso. No queremos seguir viviendo como esclavos año tras año. Trabajar, trabajar, trabajar... ¡Y no llegar a nada!

—¿No deberíamos intentar averiguar cómo consiguieron los otros su oro y hacer como ellos? —preguntó Kobi.

—Tal vez haya un secreto que podremos aprender simplemente si encontramos a los que lo conocen —respondió Bansir pensativo.

—Hoy mismo —añadió Kobi— me he cruzado con nuestro viejo amigo Arkad, que se paseaba en su carro dorado. Te diré que ni me ha mirado, como algunos de los de su clase creen tener derecho a hacer. En vez de eso, ha hecho una señal con la mano para que los espectadores pudieran verle saludar y conceder el favor de una sonrisa amable a Kobi el músico.

—Sí, dicen que es el hombre más rico de toda Babilonia —dijo Bansir.

—Tan rico, dicen, que el rey recurre a su oro para asuntos del tesoro —contestó Kobi.

—Tan rico —comentó Bansir— que si me lo encontrara de noche, estaría tentado de vaciarle la bolsa.

—¡Eso es absurdo! —replicó Kobi—. La fortuna de un hombre no está en la bolsa que lleva consigo. Una bolsa bien repleta se vacía con rapidez si no hay una fuente de oro para alimentarla. Arkad tiene unos ingresos que mantienen su bolsa llena, gaste como gaste su dinero.

—¡Los ingresos! ¡Eso es lo importante! —dijo Bansir—. Deseo una renta que continúe alimentando mi bolsa, tanto si me quedo sentado en el muro de mi casa como si viajo a lejanos países. Arkad debe de saber cómo un

hombre puede asegurarse una renta. ¿Crees que será capaz de explicárselo a alguien con una mente tan torpe como la mía?

—Me parece que enseñó su saber a su hijo Nomasir —respondió Kobi—. Éste fue a Nínive y, según dicen en la posada, se convirtió, sin la ayuda de su padre, en uno de los hombres más ricos de la ciudad.

—Kobi, lo que acabas de decir ha hecho que se me ocurra una magnífica idea —un nuevo brillo apareció en los ojos de Bansir—. Nada cuesta pedir un sabio consejo a un buen amigo, y Arkad siempre ha sido un amigo. No importa que nuestras bolsas estén tan vacías como el nido de halcón del año anterior. No nos detengamos por eso. No nos inquietemos por no poseer oro en medio de la abundancia. Deseamos ser ricos. ¡Ven! Vayamos a ver a Arkad y preguntémosle cómo podríamos conseguir ganancias por nosotros mismos.

—Hablas poseído por una auténtica inspiración, Bansir. Traes a mi mente una nueva visión de las cosas. Me haces tomar conciencia de la razón por la que nunca hemos tenido riqueza. Nunca la hemos buscado activamente. Tú has trabajado con paciencia para construir los carros más sólidos de Babilonia. Has concentrado en ello todos tus esfuerzos y lo has conseguido. Yo me he esforzado en convertirme en un hábil músico, y lo he logrado.

»En lo que nos hemos propuesto triunfar, hemos triunfado. Los dioses estaban contentos de dejarnos continuar así. Ahora, por fin vemos una luz tan brillante como el amanecer y nos ordena que aprendamos más para prosperar. Encontraremos, con un nuevo entendimiento, métodos honrados de cumplir nuestros deseos.

—Vayamos hoy a ver a Arkad —dijo Bansir—. Pidamos a los amigos de nuestra infancia que tampoco han triunfado que se nos unan y que compartan con nosotros esa sabiduría.

—Eres en verdad un amigo considerado, Bansir. Por eso tienes tantas amistades. Haremos como dices. Vayamos hoy a buscarlos para que vengan con nosotros.

2

El hombre más rico de Babilonia

En la antigua Babilonia vivía un hombre muy rico que se llamaba Arkad. Su inmensa fortuna hacía que fuera admirado en todo el mundo. También era conocido por su generosidad. Daba desinteresadamente a los pobres, era espléndido con su familia y gastaba mucho en sí mismo, pero su fortuna se acrecentaba cada año más de lo que podía gastar.

Un día, unos amigos de la infancia lo fueron a ver y le dijeron:

—Tú, Arkad, eres más afortunado que nosotros. Te has convertido en el hombre más rico de Babilonia mientras que nosotros todavía estamos luchando por subsistir. Tú puedes llevar las más bellas ropas y regalarte con los manjares más exóticos, mientras que nosotros nos hemos de conformar con vestir a nuestras familias de manera apenas decente y alimentarlas lo mejor que podemos.

»Sin embargo, hubo un tiempo en el que éramos iguales. Estudiamos con el mismo maestro y jugamos a los mismos juegos, aunque no nos superabas en los juegos ni en los estudios, y durante esos años no fuiste mejor ciudadano que nosotros.

»Y, por lo que podemos juzgar, no has trabajado más duro ni más arduamente que nosotros. ¿Por qué entonces te elige a ti la suerte caprichosa para que goces de todas las cosas buenas de la vida y a nosotros, que tenemos los mismos méritos, nos ignora?

—Si sólo habéis conseguido vivir de manera sencilla desde los años de nuestra juventud —los reprendió Arkad—, es que no habéis aprendido las reglas que permiten acceder a la riqueza, o también puede ser que no las hayáis observado.

»‘La Fortuna Caprichosa’ es una diosa malvada que no favorece siempre a las mismas personas. Al contrario, lleva a la ruina a casi todos los hombres sobre los que ha hecho llover oro sin que hicieran esfuerzo alguno. Mueve a actuar de manera desordenada a los derrochadores irreflexivos que gastan todo lo que ganan, dejándoles tan sólo apetitos y deseos tan grandes que no puedan saciarlos. En cambio, otras personas a las que favorece se vuelven avaras y atesoran sus bienes por miedo a gastar los que tienen, pues saben que no son capaces de reponerlos. Además, siempre temen ser asaltados por los ladrones y se condenan a vivir una vida vacía, solos y miserables.

»Probablemente existen otros que pueden usar el oro que han ganado sin esfuerzo, hacerlo rendir y continuar siendo hombres felices y ciudadanos satisfechos. Sin embargo, no son muchos. Sólo los conozco de oídas. Pensad en los hombres que repentinamente han heredado fortunas y decidme si esto que os digo no es cierto.

Sus amigos pensaron que estas palabras eran ciertas, pues conocían a hombres que habían heredado fortunas, y le pidieron que les explicara cómo se había convertido en un hombre tan próspero, por lo que continuó:

—En mi juventud, miré a mi alrededor y vi todas las buenas cosas que me podían dar felicidad y satisfacción, y me di cuenta de que la riqueza aumentaba el poder de esos bienes.

- »La riqueza es un poder, la riqueza hace posible muchas cosas.
- »Permite amueblar una casa con los más bellos muebles.
- »Permite navegar por mares lejanos.
- »Permite degustar finos manjares de lejanos países.
- »Permite comprar los adornos del orfebre y del joyero.
- »Permite, incluso, construir grandiosos templos para los dioses.
- »Permite todas esas cosas y aún muchas otras que procuran placer a los sentidos y satisfacción al alma.

»Cuando comprendí todo eso, me prometí que yo tendría mi parte de las cosas buenas de la vida, que no sería uno de esos que se mantienen al margen, mirando con envidia cómo los otros gozan de su fortuna. No me conformaría con ropas menos caras que sólo serían respetables. No me contentaría con la vida de un pobre hombre. Al contrario, estaría invitado al banquete de las buenas cosas.

»Siendo, como ya sabéis, el hijo de un humilde comerciante, y miembro de una familia numerosa, no tenía ninguna esperanza de heredar y no estaba especialmente dotado de fuerza o de sabiduría, como habéis dicho antes con tanta franqueza; así que decidí que si quería obtener lo que deseaba, necesitaría dedicar tiempo y estudio.

»En cuanto al tiempo, todos los hombres lo tienen en abundancia. Vosotros habéis dejado pasar el tiempo necesario para enriquecerse. Y sin embargo admitís que no tenéis más bienes que vuestras buenas familias, de las que tenéis razón de estar orgullosos.

»En lo que concierne al estudio, ¿no nos enseñó nuestro sabio profesor que posee dos niveles? Las cosas que ya hemos aprendido y que ya sabemos, y la formación que nos muestra cómo descubrir las que no sabemos.

»Así decidí buscar qué había que hacer para acumular riquezas, y cuando lo encontré, me creí en la obligación de hacerlo y de hacerlo bien. Pues ¿acaso no es sabio el querer aprovechar la vida mientras nos ilumina el sol, ya que la desgracia pronto se abatirá sobre nosotros en el momento que partamos hacia la negrura del mundo de los espíritus?

»Encontré un puesto de escriba en la sala de archivos, en la que durante largas horas todos los días trabajaba sobre las tablillas de barro, semana tras semana, mes tras mes; sin embargo, nada me quedaba de lo que ganaba. La comida, el vestido, lo que correspondía a los dioses y otras cosas de las que ya no me acuerdo absorbían todos mis beneficios. Pero aun así estaba decidido.

»Y un día, Algamish el prestamista vino a la casa del señor de la ciudad y encargó una copia de la novena ley; me dijo: “La tengo que tener en mi poder dentro de dos días; si el trabajo está hecho a tiempo, te daré dos monedas de cobre”.

»Así que trabajé duro, pero la ley era larga y cuando Algamish volvió, no había terminado el trabajo. Estaba tan enfadado que si hubiera sido su esclavo, me habría pegado. Pero como sabía que mi amo no lo habría permitido, no tuve miedo y le pregunté: “Algamish, sois un hombre rico. Decidme cómo puedo hacerme rico y trabajaré toda la noche escribiendo en las tablillas para que cuando el sol se levante la ley esté ya grabada”.

»Él me sonrió y respondió: “Eres un joven astuto, pero acepto el trato”.

»Pasé toda la noche escribiendo, aunque me dolía la espalda y el mal olor de la lámpara me daba dolor de cabeza, hasta que ya casi no podía ni ver, pero cuando al amanecer él regresó, las tablillas estaban terminadas.

»“Ahora”, dije, “cumple tu promesa”.

»“Tú has hecho tu parte del trato, hijo mío”, me dijo él bondadosamente, “y yo estoy dispuesto a cumplir la mía. Te diré lo que deseas saber, porque me vuelvo viejo y a las lenguas viejas les gusta hablar, y cuando un joven se dirige a un viejo para recibir un consejo, bebe de la fuente de la sabiduría que da la experiencia. Demasiadas veces, los jóvenes creen que los viejos sólo conocen la sabiduría de los tiempos pasados y de ese modo no sacan provecho de ella. Pero recuerda esto: el sol que brilla ahora es el mismo que brillaba cuando nació tu padre y el mismo que brillará cuando muera el último de tus nietos”.

»“Las ideas de los jóvenes”, continuó, “son luces resplandecientes que brillan como meteoros iluminando el cielo, pero la sabiduría del anciano es como las estrellas fijas que lucen siempre de la misma manera, de modo que los marinos puedan confiar en ellas”.

»“Retén bien estas palabras si quieres captar la esencia de lo que te voy a decir y así no pensar que has trabajado en vano durante toda la noche”.

»Entonces, bajo las pobladas cejas, se miraron a los ojos fijamente y dijo en voz baja pero firme: “Encontré el camino de la riqueza cuando decidí que *una parte de todo lo que ganaba me tenía que pertenecer*. Lo mismo será verdad para ti”.

»Después continuó mirándome y su mirada me atravesó, pero no añadió nada más. “¿Eso es todo?”, pregunté.

»“¡Fue suficiente para convertir en prestamista de oro a un pastor!”, respondió.

»“Pero puedo conservar *todo* lo que gano, ¿no?”, dije.

»“En absoluto”, contestó. “¿No pagas al zapatero? ¿No pagas al sastre? ¿No pagas por la comida? ¿Puedes vivir en Babilonia sin gastar? ¿Qué te queda de todo lo que ganaste durante el año pasado? ¡Idiota! Pagas a todo el mundo menos a ti. Lelo, trabajas para los otros. Lo mismo daría que fueras un esclavo y trabajaras para un dueño que te diera lo que necesitas para comer y vestir. Si guardaras la décima parte de lo que ganas en un año, ¿cuánto tendrías en diez años?”.

»Mis conocimientos de cálculo me permitieron responder: “Tanto como gano en un año”.

»Él replicó: “Lo que dices es una verdad a medias. Cada moneda de oro que ahorras es un esclavo que trabaja para ti. Cada una de las pequeñas monedas que te proporcionará ésta, engendrará otras que también trabajarán para ti. ¡Si te quieres hacer rico, tus ahorros deben rendir y estos rendimientos rendirte a su vez! Todo esto te ayudará a conseguir la abundancia que tanto ansías”.

»“Crees que te pago mal por la larga noche de trabajo”, continuó, “pero en verdad te pago mil veces; sólo hace falta que captes la esencia de lo que te he contado”.

»“Una parte de lo que tú ganas es tuyo y lo puedes conservar. No debe ser menos de una décima parte, sea cual sea la cantidad que tú ganes. Puede ser mucho más cuando te lo puedas permitir. Primero págate a ti. No compres al zapatero o al sastre más de lo que puedas pagar de modo que con lo que te quede tengas suficiente para la alimentación, la caridad y la devoción a los dioses”.

»“La riqueza, como el árbol, nace de una semilla. La primera moneda que ahorres será la semilla que hará crecer el árbol de tu riqueza. Cuanto antes plantes tu semilla, antes crecerá el árbol. Cuanto más fielmente riegues y abones tu árbol, antes te refrescarás, satisfecho, bajo su sombra”.

»Nada más decir esto, tomó sus tablillas y se fue.

»Pensé mucho en lo que me había dicho y me pareció razonable. Así que decidí que lo intentaría. Cada vez que me pagaban, tomaba una moneda de cobre de cada diez y la guardaba. Y por extraño que parezca, no me faltaba más dinero que antes. Tras habituarme, casi ni me daba cuenta, pero a menudo estaba tentado de gastar mi tesoro, que empezaba a crecer, para comprar algunas de las buenas cosas que mostraban los mercaderes, cosas traídas por los camellos y los barcos del país de los fenicios, pero me retenía prudentemente.

»Doce meses después de la visita de Algamish, volvió y me dijo: “Hijo mío, ¿te has pagado con la décima parte de lo que has ganado este año?”.

»Yo respondí orgulloso: “Sí, maestro”.

»“Bien”, respondió contento, “¿qué has hecho con ella?”.

»“Se la he dado a Azmur, el fabricante de ladrillos. Me ha dicho que viajaría por mares lejanos, que compraría joyas raras a los fenicios en Tiro para luego venderlas aquí a elevados precios y que compartiríamos las ganancias”.

»“Se aprende a golpes”, gruñó, “¿cómo has podido confiar en un fabricante de ladrillos sobre una cuestión de joyas? ¿Irías a ver al panadero para consultarle un asunto de las estrellas? Seguro que no; si pensaras un poco, irías a ver a un astrónomo. Has perdido tus ahorros, mi joven amigo; has cortado tu árbol de la riqueza de raíz. Pero planta otro. Y la próxima vez, si quieres un consejo sobre joyas, ve a ver a un joyero. Si quieres saber la verdad sobre los corderos, ve a ver al pastor. Los consejos son una cosa que se da gratuitamente, pero toma tan sólo los buenos. Quien pide consejo sobre sus ahorros a alguien que no es entendido en la materia habrá de pagar con sus economías el precio de la falsedad de los consejos”. Tras decir esto, se marchó.

»Y pasó como él había predicho, pues los fenicios resultaron ser unos canallas, y vendieron a Azmur trozos de vidrio sin valor que parecían piedras preciosas. Pero, como me había indicado Algamish, volví a ahorrar una moneda de cobre de cada diez que ganaba, ya que me había acostumbrado y no me era difícil.

»Doce meses más tarde, Algamish volvió a la sala de los escribas y se dirigió a mí. “¿Qué progresos has realizado desde la última vez que te vi?”.

»“Me he pagado regularmente”, repliqué, “y he confiado mis ahorros a Ager, el fabricante de escudos, para que compre bronce y cada cuatro meses me paga los intereses”.

»“Muy bien. ¿Y qué haces con esos intereses?”.

»“Me doy un gran festín con miel, buen vino y pastel de especias. También me he comprado una túnica escarlata. Y algún día me compraré un asno joven para poderme pasear”.

»Al oír eso, Algamish rió: “Te comes los beneficios de tus ahorros. Así, ¿cómo quieres que trabajen para ti? ¿Cómo van a producir a su vez más beneficios que trabajen para ti? Procúrate primero un ejército de esclavos de oro y después podrás gozar de los banquetes sin preocuparte”.

»Tras esto, no lo volví a ver en dos años. Cuando regresó, su rostro estaba cubierto de arrugas y tenía los ojos hundidos, ya que se estaba haciendo viejo. Me dijo: “Arkad, ¿ya eres rico, tal como soñabas?”.

»Y yo respondí: “No, todavía no poseo todo lo que deseo; sólo una parte, pero obtengo beneficios que se van multiplicando”.

»“¿Y todavía pides consejo a los fabricantes de ladrillos?”.

»“En cuanto a la manera de fabricar ladrillos, dan buenos consejos”, repliqué.

»“Arkad”, continuó, “has aprendido bien la lección. Primero aprendiste a vivir con menos de lo que ganabas; después, aprendiste a pedir consejo a hombres que fueran competentes gracias a su experiencia y que quisieran compartir ésta, y finalmente has aprendido a hacer que tu dinero trabaje para ti”.

»“Has aprendido por ti solo la manera de conseguir dinero, de conservarlo y de usarlo, de modo que eres competente y estás preparado para asumir un puesto de responsabilidad. Yo me hago viejo y mis hijos sólo piensan en gastar y nunca en ganar. Mis negocios son muy grandes y tengo miedo de no poderme encargar de ellos. Si quieres ir a Nipur a encargarte de mis tierras de allí, te haré mi socio y compartiremos los beneficios”.

»Así que fui a Nipur y me encargué de los negocios importantes, y como estaba lleno de ambición y había aprendido las tres reglas de gestión de la riqueza, pude aumentar en gran medida el valor de sus bienes. Así que cuando el espíritu de Algamish se fue al mundo de las tinieblas, tuve derecho a una parte de sus propiedades, como él había convenido conforme a la ley.

Así habló Arkad, y cuando acabó de contar su historia, uno de los amigos dijo:

—Tuviste una gran suerte de que Algamish te hiciera su heredero.

—Solamente tuve la gran suerte de querer prosperar antes de encontrarlo. ¿Acaso no demostré durante cuatro años mi determinación al guardar una décima parte de lo que ganaba? ¿Dirías que tiene suerte el pescador que pasa largos años estudiando el comportamiento de los peces y consigue atraparlos gracias a un cambio del viento, tirando sus redes justo en el momento preciso? La oportunidad es una diosa arrogante que no pierde el tiempo con los que no están preparados.

—Demostraste tu gran voluntad cuando continuaste después de haber perdido los ahorros de tu primer año. ¡Fuiste extraordinario! —exclamó otro.

—¡Voluntad! —replicó Arkad—. ¡Qué absurdo! ¿Creéis que la voluntad da al hombre la fuerza para levantar un fardo que no puede transportar un camello o que no puede tirar un buey? La voluntad no es más que la firme determinación de llevar a cabo el trabajo que uno se ha impuesto.

»Cuando yo me impongo un trabajo, por pequeño que sea, lo acabo. De otro modo, ¿cómo podría confiar en mí mismo para realizar trabajos importantes? Si me propongo que durante cien días, cada vez que pase por el puente que lleva a la ciudad cogeré una piedra y la tiraré al río, lo haré. Si el séptimo día paso sin acordarme, no me digo que ya pasaré al día siguiente, tiraré dos piedras y será lo mismo. En vez de eso, daré la vuelta y tiraré la piedra al río. El vigésimo día no me diré que todo esto es inútil ni me preguntaré de qué sirve tirar piedras al río cada día. “Podrías tirar un puñado de piedras y habrías acabado todo”. No, no diré eso ni lo haré; cuando me impongo un trabajo, lo hago, de modo que procuro no

comenzar trabajos difíciles o imposibles porque me gusta tener tiempo libre.

Entonces, otro de los amigos elevó la voz.

—Si lo que dices es cierto —dijo—, y si, como tú has dicho, es razonable, entonces todos los hombres podrían hacerlo, y si todos lo hicieran, no habría suficiente riqueza para todo el mundo.

—La riqueza aumenta cada vez que los hombres gastan sus energías —respondió Arkad—. Si un hombre rico se construye un nuevo palacio, ¿se pierde el oro con el que paga? No, el fabricante de ladrillos tiene una parte, el trabajador otra, el artista la suya. Todos los que trabajan en la construcción del palacio reciben una parte. Y cuando el palacio está terminado, ¿acaso no tiene el valor de lo que ha costado? ¿Y el terreno sobre el que está construido no adquiere por este hecho más valor? La riqueza crece de manera mágica. Ningún hombre puede predecir su límite. ¿Acaso no han levantado los fenicios grandes ciudades en áridas costas gracias a las riquezas traídas por sus barcos mercantes?

—¿Qué nos aconsejas para que nosotros también nos hagamos ricos? —preguntó uno de los amigos—. Los años han ido pasando, ya no somos jóvenes y no tenemos dinero para ahorrar.

—Os recomiendo que pongáis en práctica los sabios principios de Algamish y os digáis: *una parte de todo lo que gano me revierte y la he de conservar*. Decídslo cuando os levantéis, decídslo al mediodía, decídslo por la tarde, decídslo cada hora de cada día. Repetidlo hasta que estas palabras resalten como letras de fuego en el cielo.

»Impregnaos de esa idea. Llenaos de ese pensamiento. Tomad la porción que os parezca prudente de lo que ganáis, que no sea menos de la décima parte, y conservadla. Organizad vuestros gastos en consecuencia. Pero lo primero es guardar esa parte. Pronto conoceréis la agradable sensación de poseer un tesoro que sólo os pertenece a vosotros, que a medida que aumenta, os estimula. Un nuevo placer de vivir os animará. Si hacéis mayores esfuerzos, obtendréis más. Si vuestros beneficios crecen, aunque el porcentaje sea el mismo, vuestras ganancias serán mayores, ¿no?

»Cuando lleguéis a este punto, aprended a hacer que vuestro oro trabaje para vosotros, convertidlo en vuestro esclavo. Lograd que sus hijos y los hijos de sus hijos trabajen para vosotros. Aseguraos una renta para el futuro; mirad a los ancianos y no olvidéis que vosotros seréis uno de ellos. Invertid vuestro patrimonio con la mayor prudencia para no perderlo. Los intereses de los usureros son irresistibles cantos de sirena que atraen a los imprudentes hacia las rocas de la perdición y el remordimiento.

»Vigilad que cuando los dioses os llamen a su reino, vuestra familia no pase necesidad. Para asegurarle esa protección, siempre se puede ir desembolsando pequeñas cantidades a intervalos regulares. El hombre prudente no confía en recibir una gran suma de dinero si no la ha visto antes.

»Consultad a las personas sabias. Buscad el consejo de quienes manejan dinero todos los días. Permitid que os ahorren errores como el que yo cometí al confiar mi dinero al juicio de Azmur, el fabricante de ladrillos. Es preferible un pequeño interés seguro a un gran riesgo.

»Aprovechad la vida mientras estáis en este mundo, no pretendáis ahorrar demasiado. Si la décima parte de lo que ganáis es una cantidad razonable que podéis guardar, contentaos con esa porción. A parte de eso, vivid de manera conforme con vuestros ingresos y no os volváis roñosos ni tengáis miedo de gastar. La vida es bella y está llena de cosas buenas que podéis disfrutar.

Tras decir esto, sus amigos le dieron las gracias y se fueron. Algunos permanecían silenciosos porque no tenían imaginación y no podían comprender, otros sentían rencor porque pensaban que alguien tan rico habría podido compartir su dinero con ellos, pero algunos tenían un nuevo brillo en los ojos. Habían comprendido que Algamish volvió a la sala de los escribas para mirar atentamente a un hombre que se estaba trazando un camino hacia la luz. Una vez hubiera encontrado la luz, ya tendría una posición. Sabían que nadie podía ocupar ese lugar sin antes haber llegado a comprender todo esto por sí mismo y sin estar dispuesto a aprovechar la ocasión cuando se presentara.

Éstos últimos fueron los que durante los años siguientes visitaron asiduamente a Arkad, quien los recibía con alegría. Les aconsejó y les dio su

sabiduría de modo gratuito, como siempre les gusta hacer a los hombres de gran experiencia. Les ayudó a invertir sus ahorros de modo que les dieran un interés seguro y no fueran malgastados en arriesgadas inversiones que no habrían dado ningún beneficio.

El día que tomaron conciencia de la verdad que había sido transmitida de Algamish a Arkad y de Arkad a ellos fue un hito en sus vidas.

UNA PARTE DE LO QUE GANÁIS
REVIERTE EN VOSOTROS, CONSERVADLA